

—¡Disparad!—me dijo, con voz queda, Ben-Hassen, que, á despecho de la oscuridad, me veía.

Me preparé, aguardando al león; pero éste, que quizás había pasado por un sendero vecino, á cuarenta pasos de nosotros, se alejó, y sus rugidos se oyeron cada vez más lejos hasta que se extinguieron.

—¡Partamos!—dijo de repente Ben-Hassen, levantándose.

—Aun no,—dije,—aguardemos.

—¿Aguardar qué? ¿el león? Es inútil; ya no volverá esta noche. Estamos en sus dominios, pero no nos hemos hallado en su camino. Es sólo una partida aplazada. Ahora ya sé por dónde pasa la alimaña.

Me levanté algo malhumorado, lo confieso; pues me hallaba pobrememente recompensado, después de tantos trabajos, con oír, al final, sólo... rugidos.

Habría desesperado de hallar al león, si Ben-Hassen no me consolara con estas frases:

—Los que no buscan al león lo encuentran á menudo. Sin embargo, espera, y yo te prometo que en breve podrás batirte con él.»

Y, en efecto, tuvo Bechade diversos encuentros con el *said* del desierto.

III

Las cacerías del león de Chassaing merecen un lugar muy privilegiado ⁽¹⁾ en este libro.

En Abril de 1859, Chassaing se hallaba en las montañas del Aurés.

«Me detuve,—dice,—á seis kilómetros de Lambesse, en la meseta de Oufassa, situada al oeste de una antigua ciudad romana.

Multitud de tribus *saharianas* se hallaban acampadas sobre aquella meseta. Á mis preguntas contestaron los árabes que el león, dos ó tres veces por semana, diezmaba sus rebaños, causándoles enormes perjuicios.

El sitio me pareció propicio; y, apenas eché pie á tierra, corrí presuroso en busca de las huellas de los leones.

Registré escrupulosamente todos los escondrijos y sinuosidades del terreno. Ninguna espesura ni camino dejé de examinar, pero no hallé la menor huella.

Regresé á la tribu, en la que pasé el resto del día,

(1) *Mes chasses au lion*, par I. Chassaing.

confiando que durante la noche siguiente la fiera daría señales de vida.

El tiempo era algo borrascoso, pues soplaba un vientecillo noroeste; en cambio, el cielo estaba despejado y sin nubes, y alumbraba un claro de Luna magnífico, que me permitía examinar á mi sabor los alrededores. Pero la noche pasó sin novedad.

Al día siguiente exploré de nuevo la vertiente noroeste de la montaña; pero esta vez con más suerte. Entre las malezas y matorrales de Bourzala, cerca de Lambesse, hallé dos huellas de león: una regular y otra enorme.

El terreno había conservado impresas por largo trecho las huellas de los pasos de la fiera.

Satisfecho y alborozado, regresé á la meseta de Oufassa, atravesando la selva que linda con Lambesse.

Las huellas fueron cada vez mayores y numerosas. Los árabes, á quienes participé tan feliz nueva, me brindaron una cabra para que sirviese de cebo; como era la única cosa que me faltaba, acepté presuroso con singular alegría.

Á un kilómetro de los aduares, y sobre la meseta del este, construí, sin pérdida de momento, una artificiosa emboscada sobre el punto más elevado y que conducía á los aduares. Abrí un agujero en el suelo, que oculté con fuertes troncos y ramaje.

Á las cinco y media de la tarde até la cabra á una sólida estaca.

Un poco más tarde me instalé en mi escondrijo, armado con dos excelentes fusiles dobles, un par de pistolas y un cuchillo de caza.

Durante este tiempo la cabra gimoteó desesperadamente; pero cuando llegó la noche enmudeció.

Serían las siete cuando empezó á balar de nuevo, dando manifiestas señales de la más viva inquietud. Las miradas de la cabra parecían dirigirse hacia la espesura, como si allí amagara algún peligro.

La noche era soberbia, y la Luna con sus purísimos rayos alumbraba el camino á una distancia de sesenta á ochenta pasos. Nada, sin embargo, acerté á descubrir.

Á las ocho y media el silencio de la noche fué turbado por los aullidos de dos chacales que correteaban en un barranco vecino. Apenas habían trascurrido cinco minutos, todos estos rumores fueron dominados por la voz potente del león, que lanzó dos rugidos desde el corazón de la selva. Poco á poco estos rugidos fueron más rápidos y acentuados, y resonaron á unos ciento cincuenta pasos del sitio en que me hallaba.

Gozoso y lleno de satisfacción con la esperanza de que el león se pondría á tiro, puse el dedo en el gatillo



Ojeadores árabes

del fusil. Durante un instante distinguí á la fiera; pero desapareció rápidamente en dirección al bosque, y la noche recobró su placidez y calma.

De pronto se oyó detrás de mí el ruido de pasos tronchando ramas y hojas, que alfombraron el suelo.

Era el león. Se paró durante cinco minutos, y, sin duda, acababa de descubrir la emboscada que cerraba el camino, porque emprendió su retirada dando saltos, dirigiéndose en dirección á los aduares.

Los ladridos de los perros y los clamores de los ára-

bes pregonaban que el león había ido á merodear en la tribu. Sin duda, al verse descubierto se alejó, porque no tardé en oír sus rugidos sobre otra montaña hacia el noroeste.

Pasé el resto de la noche apostado, pero sin resultado.

Al día siguiente, cuando regresé al aduar, los árabes me notificaron lo que yo ya sabía; esto es, que el león había rodado por aquellos sitios durante la noche. Me suplicaron que permaneciese tres ó cuatro días con ellos, seguro, decían, de que tendría ocasión de matar á la fiera. Cedió á tales ruegos.»

Chassaing buscó ocasiones propicias para cazar el león, pero en balde, y resolvió regresar á Batna.

Pero, aunque menudean las escenas en que los cazadores de leones pasaron noches en vela sin resultado, en cambio abundan las narraciones de expediciones coronadas por el éxito.

El mismo león que rodaba por el Aurés fué cazado, algún tiempo después, por Chassaing.

Los árabes, víctimas de nuevas algaradas de la fiera, que había estrangulado á uno de los mejores bueyes de los rebaños de la tribu, acudieron á Chassaing, que partió con ellos.

El cazador, siempre solo, se dirigió hacia uno de los pliegues que al sudoeste forma la montaña del Aurés; y allí, escondido entre ramajes de verdes encinas, aguardó á la fiera.

De repente sonó, allá á lo lejos, una voz estruendosa hacia el lado sudoeste, poblado de espesísimo bosque. Á las ocho, poco más ó menos, el cazador oyó el ruido de los pasos de la fiera y su fuerte resoplido.

El cuerpo muerto del buey yacía en el suelo á pocos pasos de Chassaing, ofreciendo apetitoso cebo al señor de las selvas.

El león avanzó, arrastrándose y conteniendo el aliento; paróse al llegar á unos tres ó cuatro pasos de su presa, y volvió la cabeza como para reconocer el campo.

Chassaing no osó disparar, acaso porque la fiera ofrecía poco blanco. Al cabo de algunos instantes el león se puso junto á la víctima, rozando su enorme cabeza y sus luengas melenas por el vientre del buey.

Por fin, la fiera ofreció buen blanco, descubriendo su espaldilla izquierda, y el cazador hizo fuego.

Herido el león, dió un enorme salto por encima del cuerpo del buey, y desapareció en la espesura, lanzando lastimeros y fuertes quejidos.

Algunos minutos más tarde, el ruido de fuertes sacudidas, y los lúgubres estertores del león, anunciaron á Chassaing que la fiera agonizaba.

Al cabo de un instante cesaron los rugidos y sólo se oían los agudos chillidos de los chacaes.

Al amanecer, los árabes, que habían oído el disparo, corrieron presurosos al encuentro de Chassaing.

—¿Has muerto al fin á este *yudi* (judío) que diezmaba nuestros rebaños?—preguntaron.

Y otro árabe, que llegaba en aquel momento, exclamó:

—¡Hélo aquí! ¡hélo aquí!

Y no tardaron en hallar á unos veinticinco ó treinta pasos el cadáver del león. Su muerte había sido casi instantánea.

Como es fácil suponer, Chassaing fué aclamado y festejado por la tribu, y regresó á Batna, llevando, guisa de trofeo, la piel del león.

IV

Bombonel refiere la siguiente escena de caza ⁽¹⁾.

«En el mes de Febrero de 1863, Chassaing y yo perseguíamos con gran empeño, en las montañas del Aurés, á cinco leones: dos de ellos viejos, una leona y dos cachorros.

Era la época del celo de aquellas alimañas, y nuestras pesquisas habían sido vanas, á pesar de haber caminado sin tregua ni descanso por entre riscos y cimas, á despecho de la lluvia, del frío y del viento.

El día 4 de Marzo, á las siete de la mañana, tras una noche pasada entre la nieve, penetré en nuestra tienda para tomar café y calentarme.

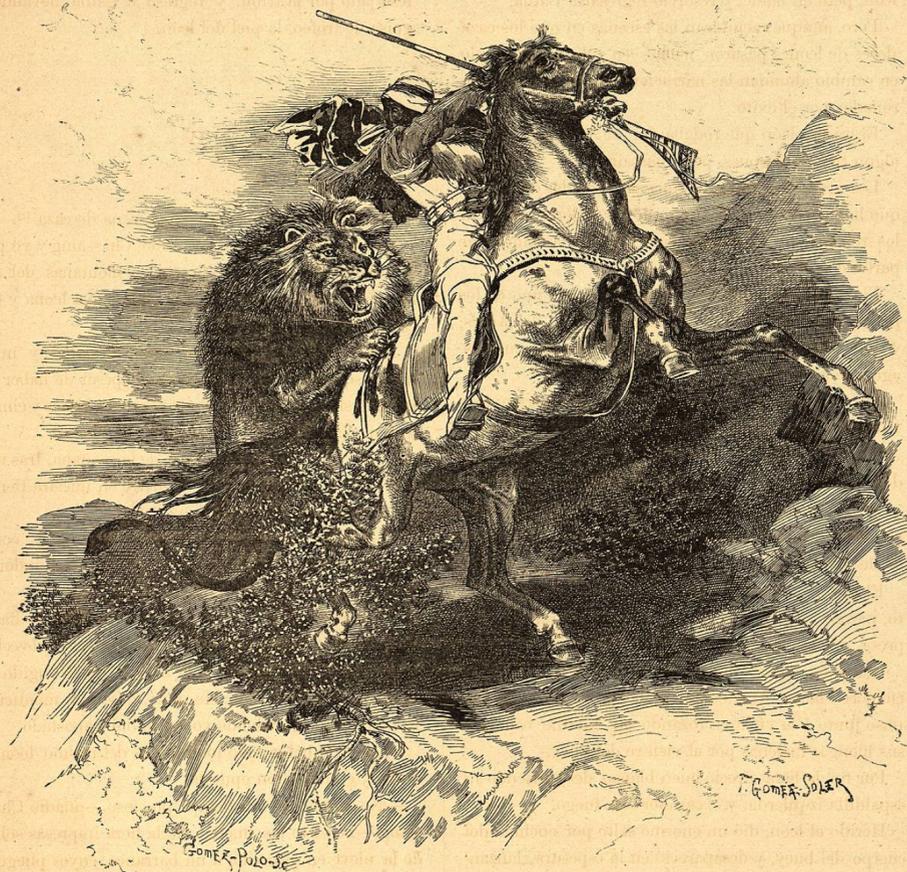
Chassaing llegó pocos momentos después, y, como es natural, dimos suelta á la lengua, comunicándonos el resultado de nuestra expedición nocturna.

Un cachorro se había acercado cautelosamente hasta unos cincuenta pasos del cabrito que me servía de cebo. Á las cuatro de la madrugada había oído el rugido de un león adulto, lanzado, sin duda, desde un montículo fronterizo al lugar donde yo me hallaba apostado.

Chassaing había oído los rugidos del mismo león, y de otro, en dirección opuesta.

—No perdamos un tiempo precioso,—añadió Chassaing,—he visto las huellas de la fiera impresas sobre de la nieve en dirección á un barranco, cuyos pliegues y escondrijos conozco á maravilla. Tengo ya concertado el plan de ataque, y abrigo la seguridad de que

(1) *Les chasses, écrites par lui-même.*



La venganza del león herido